

CAPITULO VIII.

Profigue la misma materia, y se refieren juntamente algunos prodigios que obrò el P. Fr. Antonio para beneficio espiritual de las almas constituidas en inminente riesgo. Resucita el Siervo de Dios à una Niña defunta, lucha con el Demonio, y lo vence, y castiga el Cielo con fatal muerte à dos Sujetos que hicieron burla al bendito Padre.

EN la Ciudad de Guatemala enfermó gravemente un Caballero de un insulto, que le impidió totalmente la articulacion de las voces, por cuya causa no se pudo confesar. Concurrió à visitarle el P. Fr. Antonio, en ocasion que se hallaba en la casa del enfermo D. Bartholomè de Arana, y compadecido de aquella necesidad, le dixo al Siervo de Dios: *Es posible Padre, que este hombre ha de morir sin confesarse?* Oyòle el bendito Varon, y le respondió lleno de fé: *Dios querrà que le vuelva la habla.* Con esto, se fuè para su Colegio, y aviendose sentado à comer con la Comunidad, luego que tomò la escudilla del caldo, se fuè à ver à su doliente con un Compañero. Al punto encontró en el camino à un Criado, que iba à llamarlo, diciendole que yà hablaba el moribundo. Llegò à la casa, y aviendolo confessado de espacio, tuvo expedicion para hacer las necessarias disposiciones con todo acuerdo. Dispuesto, por fin, y arregladas todas sus cosas, bolvió à quedar mudo, durandole el parálismo hasta la muerte, que à juicio de todos fuè feliz, por tan maravillosas circunstancias.

Affaltado de un dolor apopletico otro Caballero en la misma Ciudad de Guatemala, perdiò los sentidos, y habla, quedando como si fuera un tronco. Asistióle el V. P. muchos

chos dias, y aunque todos los prognosticos que se hacian, eran infaustos, siempre diò esperanzas à los domesticos, y amigos, de que bolvería à su juicio. Así lo predixo el bendito Sacerdote, y sucedió tan à la letra, que despues de la media noche, en una de las que le durò el accidente, se recobrò tanto el enfermo, que se pudo confesar espaciadamente. Concluida que fuè la confession, dixo Missa en el Oratorio de la casa, y con licencia del Ordinario, le administrò el Viatico, y Uncion extrema, y luego murió el afortunado hombre, con gran consuelo de quantos tuvieron individual noticia del caso.

Aviendo muerto en la misma Ciudad D. Diego de Arguello, hizo su Esposa Doña Juana de Cobàr tales extremos por su muerte, que à mas de negarse à todo consuelo, se puso una venda en los ojos; y prorrumpió en tales proposiciones, que passaban à ser blasfemias. Sucedía esto con mucha especialidad, quando para fofegarla en las furias que le daban, le sujetaba una Mulata amiga suya del Barrio de Chipilapa, que acudia à la casa, con el pretexto de consolarla. Por este motivo, llamaron los domesticos à varios Sacerdotes doctos, y piadosos, para que la sacassen de su error; pero por mas que trabajaron en ello, no pudieron conseguirlo, ni menos que se conformasse con la voluntad Divina, en la perdida del Consorte. En este infeliz estado permaneciò la expressada Doña Juana algun tiempo, como fuera de juicio, y con un desvario continuo, hasta que un dia, como à las seis de la mañana, se fuè entrando por las puertas de la casa el V. P. Fr. Antonio, que à la sazón se hallaba ausente de la Ciudad. Hallabasse en la casa la referida Mulata, que al parecer, avia influido en gran parte, ó en el todo, el daño de la Señora: Y desde el punto que oyò al Siervo de Dios, que desde la puerta saludò con el Ave Maria à los habitantes, saliò huyendo, sin que jamás se supiesse de ella. Entrò el V. P. en el quarto de la enferma, diciendo à las primeras palabras, que el Jumentillo del Señor (que era la frase con que hablaba de sí mismo) avia

caminado aquella noche quarenta leguas, para que no se perdiessè aquella alma. Con esto, salió para fuera Doña Magdalena de Cobàr, Hermana de la doliente, y las demás personas que allí avia, quedando con ella el bendito Varon, en la empresa de reducirla, y de serenar sus delirios. Dixòle algunas razones á este intento, tan á proposito, y tan eficaces, como prodigiosas, y dictadas de su maravilloso espíritu, y se fué á continuar su Apostolico destino, despidiendose de todos. Entraron, por fin, los de aquella familia á ver á la enferma, y la hallaron sin la venda en los ojos, y tan libre de la passion, que avia padecido hasta entonces, que nunca le bolvieron á oír palabra alguna mal sonante. Por todo lo qual, no solo se tuvo por milagrosa esta mudanza, sino la venida de quarenta leguas en una noche, siendo assi, que aviendo observado, si el V. P. permanecia en la Ciudad, no lo bolvieron á ver en aquellos dias, ni huvò quien diessè razon de hallarse en ella.

En dicha Ciudad de Guatemala, llegó á verse tan enferma, siendo niña, Doña Maria de Guzman, y Alvarado, que todos quantos la vieron, la sentenciaron á muerte. Hallabanse inconsolables, por su perdida, D. Felipe de Guzman, y Alvarado, y Doña Antonia de Arguello, Padres de la referida enferma; y viendo que yá no avia esperanza alguna de su salud, en lo humano, acordaron acudir á la Divina Misericordia, por medio del P. Fr. Antonio Margil, de cuya virtud, y santidad, tenian hecho alto concepto. Con este motivo, fué al Colegio D. Blás de Arguello, Hermano de Doña Antonia, y Tercero de Abito exterior de la Venerable Orden de Penitencia de N. P. S. Francisco, á llamar al Siervo de Dios, para consuelo de los afligidos Padres de la moribunda niña. Condescendió el compassivo Varon á su pedimento; pero quando llegaron á la casa, yá la enferma era defunta, ó murió á breve rato, con la pena que se dexa inferir de los suyos, que no pudiendo ahogar el sentimiento en el pecho, rompieron en amar-

amar-

amargo llanto. Puso el milagroso Varon los ojos en la que lloraban muerta, y bolviendose para los concurrentes, procuró mitigarles el dolor, diciendoles, que la niña no avia muerto, sino que estaba deseansando. Inmediatamente se puso á rezar el Rosario á la Santissima Virgen MARIA con todos los que allí avia presentes, y aviendo concluido el rezo, entonò el Alabado, respondiendole los concurrentes á coros. Aviendole dado fin á este devoto Cantico, se fué para donde estaba la defunta, y santiguandola con el Rosario, comenzò á llamarla, diciendo con alta voz: *Ea, Maria, yá basta: Venid de donde estais.* No se daba la muerta por entendida á su voz; pero el Siervo del Señor, lleno de fé, y de confianza en la Magestad Divina, prosiguiò llamandola por segunda vez, ó con las mismas palabras, ó sin mas variacion, que la siguiente: *Ea, Maria, yá basta: Ven de allá para acá.* Llamòla en fin, por tercera vez, y al instante resucitó la defunta, con inexplicable jubilo, y admiracion de los parientes, y concurrentes: Quedando desde aquel punto con tan perfecta salud, que al dia siguiente se levantò buena, y sana, despues de aver sido cadáver yerto, y tanto, que yá passaban á vestirla la mortaja.

Aquel Personado semejante el hijo del hombre que refiere San Juan en su Apocalypsi, tenia en su mano las llaves de la muerte, y del Infierno. Y aviendo puesto tanto esmero el V. P. Fr. Antonio para crucificarse con Christo, y parecerse á su Magestad, yá que en el caso antecedente le hemos visto con unas llaves, en el siguiente le veremos con las otras. Predicando en uno de los Pueblos del Reyno de Guatemala un Sermon de la Divina Misericordia, luego que bajò del Pulpito, fué á verle uno de los oyentes; que, ó fuessè con luz especial que tuvo el Siervo de Dios de su infelicidad lastimosa, ó fuessè confessando de plano el mismo delincuente su yerro, le descubrió, que tenia pacto explicito con el Demonio, firmandole cedula de su mano, en que se constituía esclavo suyo. Exhortòle á que borrassè sus horribles culpas con amar-

Kk

80

go llanto, y á que las confesáse arrepentido, como en efecto lo hizo assi, respirando de la opression que le ocasionaba su diabolica esclavitud, con los alientos que infunde una confesion saludable. Tal fuè el arrepentimiento, y tanta la confesion de pecado tan execrable, que sin embargo de lo dicho, lo mismo era hacer el penitente recuerdos de su delito, que fluctuar su confianza entre temores, no pudiendo desterrar del todo las sombras de la pusilanimidad, que cercaban su asombrado corazon. Hijo, le decia el V. P. no tengas yá miedo al Demonio, por la cedula que firmaste, que como sea firme tu proposito, y sea buena tu confesion, como yo espero en el Señor, yá queda totalmente borrada, por virtud de la Preciosissima Sangre de Christo, con la qual, borrò el Salvador aquella antigua escritura, que alegaba el Principe de las tinieblas á su favor, contra todos los hijos de Adán.

Con estas, y otras razones del intento, procuraba el charitativo Padre animar á aquel perturbado hombre; pero viendo que en medio de sus animosos consejos, aun temblaba aquel pecho acobardado, le dixo con estraña animosidad, y movido de superior impulso: *Ea, llevame al lugar en donde hiciste esse iniquo trato con el maligno.* En esta atencion, fueron ambos al sitio en que el infernal ladron avia robado á Dios aquella alma: Y revestido del zelo de la honra de el Señor el Ministro del Altissimo, mandò al Demonio, que se apareciesse en la misma forma en que avia fraguado su engaño. Obedeciò al instante el maldito, apareciendose en forma humana visible, todo lleno de soberbia, como si nadie pudiera quitarle de las manos á quien se avia vendido por su esclavo. Intimòle precepto el V. P. para que entregasse la cedula; y viendo que por una, y otra vez, se resistia con protervia su arrogancia, arrebatado del zelo de la charidad, y de la honra de Dios, se arrojó con santa intrepidez á quebrantar su cerviz altiva, luchando á brazo partido con aquel Dragon formidable. Fulminaba rayos en sus palabras, multiplicaba

caba conjuros, y repetia muchas veces: *Quien como Dios? A imitacion del Corifeo de los Angeles, en aquella renida campaña, que tuvo con Lucifer en el campo azul de las celestes esferas.* Diòse por fin, el maligno competidor á partido; y como olvidado de su presumpcion arrogante, le dixo: *Dexame, dexame yá Fr. Antonio, que me atormentas;* y desapareciendose como un fugitivo relampago, soltó á sus pies la cedula, huyendo á los profundos abysmos, quedando el bendito Padre victorioso, y el afligido esclavo, lleno de serenidad, y jubilo. El Santo Patriarcha Jacob, no quiso soltar de sus brazos á aquel Angel de luz, con quien tuvo una amorosa lucha, hasta que le dièse su bendicion. Fr. Antonio no quiso dár treguas á un Angel de tinieblas, hasta correrlo como maldito del Cielo: En donde se le reservaban las bendiciones al vencedor, por tan victorioso triunfo.

No corrieron tan feliz fortuna otros Sugetos, que no haciendo aprecio del V. P. ni de sus palabras, se buscaron el precipicio; de los quales, tratarè aora de solos dos, en los siguientes sucessos. En el mismo Reyno de Guatemala vivia un Coyme, que tenia abierta en su casa una escuela universal de maldades, en un juego publico, en que á mas de quedar vilipendiado el honor de Dios, como sucede de ordinario, avian perdido muchos su hacienda. Aviale amonestado Fr. Antonio varias veces, y no reconociendo emmienda alguna en aquel hombre perdido, se puso en cierta noche sobre una mesa, á vista de la casa del juego, y con eficaces razones, dictadas de su Apostolico zelo, comenzò á predicar contra ocupacion tan pessima. Desde luego que le oyò el Coyme, empezò á hacer irrision del Missionero, tapandose como Aspid los oidos, para no escuchar al Encantador Apostolico; pero viendo este malogrados sus clamores, tomò el Crucifixo en sus manos, y entrando para la casa, persuadia á los concurrentes á que protestassen no bolver mas á tan pernicioso exercicio, y á que se valiesfen de la sombra del Crucificado

Señor, para evitar el castigo. No hubo quien se moviera, correspondiendo á sus santas persuasiones: Y buelto el Predicador al Santissimo Simulacro, prorumpió en aquellas palabras de David: *Exurge Domine, judica causam tuam*: Ea, Señor, ya es tiempo de que juzgues tu causa. Lo mismo fué articular estas voces, que como si fueran un penetrante dardo, despedido de un brazo fuerte, le quitaron la vida al Coyme, cayendose muerto en la tierra: Con cuya desastrada muerte, azorados los de aquella comitiva, salieron al punto escarmentados, á buscar seguro refugio, por medio de el arrepentimiento.

Passando el V. P. de camino por una Hacienda de Ciudad Real, en cuyo Obispado era muy conocida la fama de sus virtudes, instados de su malicia unos viles hombres, quisieron hacer burla de su humildad. Aconsejaron á uno de aquellos Gañanes de campo, que dixesse que estaba enfermo: Y recostandose sobre un cuero, para mexor fingir el papel, se cubrió con una manta. Assi que fué llegando el Siervo de Dios, le pidieron los demás, que confesasse á aquel enfermo, porque estaba muy de peligro. Acercóse el charitativo Padre al fingido doliente, y quitandole la manta, lo palpó; y bolviendose para los presentes, les habló de esta manera: *Ya este pobre murió, Dios aya misericordia de su alma: Dios los consuele*. Dicho esto fué prosiguiendo su viage, con mucha serenidad, sin acabarse de persuadir los circunstantes á la verdad de su dicho. Pero aviendose acercado al fingido enfermo, y reconociendo, que en la realidad era defunto, quedaron llorando de veras al que avian simulado en aquella enfermedad por burlas. Aquellos atrevidos Mozos, que calumniaron de hypocrita á San Narciso Patriarcha, experimentaron el rigor Divino, quedando los unos comidos de llagas, y los otros ciegos: Porque siente mucho el Señor el escarnio que se hace de sus Amigos. Por lo mismo, tomó tan dura venganza del ultrage,

que

que pretendieron hacer estos rusticos hombres de su Siervo Antonio, dexando su virtud triunfante, y la fama de su Santidad mas realzada.

CAPITULO IX.

De el Espiritu de Profecia, con que Dios adornó á su Siervo Fr. Antonio, y se refieren varios, y admirables casos.

DE industria he dexado caer en los antecedentes Capítulos algunos sucessos, en que se manifiesta el Espiritu de Profecia, con que el Cielo ennobleció al V. P. Fr. Antonio, comunicandole algunos destellos de la Divinidad, segun aquella Sentencia de Isaias: *Anunciadnos las cosas venideras, y sabrémos que soys Dioses*. Aora, como en lugar mas proprio, referiré otros muchos, que me persuado á que harán este assunto indubitable. Viviendo el Siervo de Dios en el Colegio de Guatemala, se hallaba en aquella Ciudad un noble Mancebo, que avia venido de España, recomendado á un Tio suyo, con bastantes conveniencias en aquel Reyno. Viendole un dia el V. Padre le dixo claramenté, que feria Religioso de la Sagrada Compania de JESUS. Dudaron mucho assi el Tio, como el Sobrino, del tal anuncio; pues el Joven se hallaba por entonces, con designios de bolverse para su Patria: Y con pensamientos muy distantes de la Vocacion Religiosa. Passaron algunos dias, y se mudaron de tal manera las cosas, que sintiendose herido interiormente el Mancebo, de dar las espaldas al Mundo, abandonó todos sus interesses, y se alistó por Soldado en la Milicia del Grande Ignacio: Donde ajustandose cabalmente á su utilissimo Instituto, vivió muchos años con entero credito, hasta rendir la vida, peleando esforzadamente contra los vicios, en el Pulpito, y Confessio-